

confianza básica en un sistema y un orden social, demanda hoy salir de la prisión del pasado y colocar la mirada y la voluntad en un presente capaz de proyectar futuros.

## LA GESTIÓN DEL RIESGO

Las explosiones trajeron consigo, de manera inédita en la vida de la ciudad, la conciencia de la vulnerabilidad, una dimensión ya incluida en las sociedades de la modernidad tardía y que no puede ser pensada ni entendida sin colocar simultáneamente la pregunta por el riesgo.

En el ámbito de las ciencias sociales y sus enfoques sistémicos ha cobrado especial fuerza la noción de riesgo, que ha venido a revitalizar la discusión en torno a los impactos de la modernidad en diferentes campos de la vida social.<sup>1</sup> Esta noción clave en los estudios de la ciudad permite mantener en tensión productiva la articulación entre las dimensiones estructurales y la acción de sujetos históricamente situados. Bajo esta perspectiva la ciudad, que opera en términos estructurales como un sistema multidimensional, configura escenarios diferenciales de vulnerabilidad frente a este sistema, cuya especificidad está dada por la ubicación de los actores sociales en la estructura, visualizados como “agentes”,<sup>2</sup> en tanto que estos actores son capaces de movilizar ciertos recursos, a la manera de Pierre Bourdieu: capital social, económico y cultural, para hacer frente al riesgo.<sup>3</sup>

Así, se reconoce que una de las claves que demanda la complejidad de la vida moderna es la gestión del riesgo. Ello significa que la modernidad, en su fase reflexiva, es decir cuando la sociedad es capaz de tomarse a sí misma como objeto de reflexión, de pensarse en términos de proyecto-consecuencia, se diferencia de la fase anterior, cuando las consecuencias del proyecto moderno son pensadas como fuerzas exógenas, como elementos externos al sistema, sin conexión con decisiones y procesos del modelo de desarrollo asumido.

En esta fase de la modernidad, sustentada en la idea de un progreso lineal y del ascendente dominio de la técnica y la ciencia, Hitler, por ejemplo, es apenas un “accidente”, una patología psicológica que aparece sin conexiones con el contexto y momento histórico-político de la Europa de antes de la guerra; la extinción de especies es pensada como un “precio” que hay que pagar, pero nunca una consecuencia vinculada al modelo de desarrollo. Los sis-

## LOS RIESGOS EN GUADALAJARA

ARTURO CURIEL BALLESTEROS  
Y GUADALUPE GARIBAY CHÁVEZ \*

Cerca de 20 % de las muertes que ocurren en Guadalajara podrían evitarse por el hecho de que son accidentales. El principal riesgo de perder la vida en la zona metropolitana lo representan los accidentes automovilísticos, le siguen las sustancias peligrosas, el deslizamiento y la sismicidad.

A los accidentes automovilísticos nos hemos acostumbrado. Ahora nos parece normal la pérdida de cientos de vidas cada año por accidentes derivados de una mala organización del sistema de transporte. Al riesgo de las sustancias químicas lo vamos aceptando por los beneficios que ellas otorgan al desarrollo, y nos olvidamos de que los niveles de seguridad en estas actividades exigen que se trabaje con probabilidades de accidentes de uno en mil años. Claro está que la industria de los hidrocarburos no tiene este parámetro; año con año tenemos derrames, fugas, explosiones, que cuando mucho llegan a distraer nuestra atención un par de días. Con respecto a los deslizamientos, aún no ha ocurrido ninguna catástrofe, pero ésta podría venir asociada al cambio climático y a lluvias extraordinarias, y afectaría tanto a las clases más pobres que habitan sitios como las laderas del Cerro del 4 como a las mas pudientes establecidas en forma no planeada y con base en la especulación y la corrupción en la cuenca de Los Colomos, un sitio donde se supone que con el uso de la tecnología se puede mitigar cualquier riesgo asociado con las fuerzas geológicas.

El 22 de abril de 1992 nos debe inducir a una reflexión no sólo sobre la catástrofe que sucedió sino en otras próximas ante la falta de percepción consciente de los tomadores de decisiones, y la carencia de información que tiene la sociedad para reconocer y actuar ante las emergencias.

La ciudad crece sobre zonas de riesgo y aumentan los peligros de químicos tecnológicos usados de manera irresponsable en áreas que llevan años dedicadas a zonas habi-

\* Arturo Curiel Ballesteros es director del Instituto de Medio Ambiente y Comunidades Humanas de la Universidad de Guadalajara y Guadalupe Garibay Chávez es coordinadora del Programa de Salud Ambiental-Instituto de Medio Ambiente y Comunidades Humanas de la misma institución.

### La afirmación de la cultura

A la distancia de los acontecimientos y a la luz de otros desastres y estados de alerta en el país y el mundo, una cuestión de indudable centralidad es la cultura. El 22 de abril evidenció que más que un enfrentamiento entre autoridades y ciudadanos (en sentido amplio, no sólo los afectados), el desencuentro profundo entre estos dos elementos de la sociedad significó el enfrentamiento entre dos "sistemas de creencias", entre dos formas culturales de colocarse ante una realidad que no admitía dudas: la inevitabilidad de la tragedia y la responsabilidad gubernamental por lo sucedido.

Si de un lado las autoridades, de distinto nivel, evadieron responsabilidades y se ampararon en un esquema aprendido de hacer gobierno, los damnificados primero y los ciudadanos después tuvieron que apelar a su propio acervo (objetivamente disponible y subjetivamente apropiado)<sup>5</sup> de conocimientos y formas de hacer, es decir, a la cultura. En su momento de creación e invención cultural, este acervo permitió apelar a las formas culturales de comunidad barrial, a la solidaridad, al uso y la invención de símbolos y emblemas aglutinadores, en una palabra, a proteger la vida frente a la amenaza; pero en su fase reproductiva este mismo acervo trabajó a favor de la reproducción de formas de representación y acción que no lograron romper la victimización o la marginalidad de lo alternativo y que trajo como consecuencia fragmentaciones, el seguimiento de prácticas corporativas y la asunción de una posición de subalternidad con respecto a las autoridades.<sup>6</sup>

Mirando adelante algo se ha aprendido, pero es insuficiente. Como lo ha demostrado la continuidad en la lógica política, que no logró, o que más bien no quiso, sacar al 22 de abril de un esquema electorero y en la lucha continuada de los lesionados, los engranajes del dispositivo cultural siguen desajustados. La tarea pendiente es aprovechar lo aprendido y transitar de un esquema cultural reproductivo al nacimiento de una cultura del riesgo, en la que cada parte cumpla y asuma la función que le toca: los unos gobernar con responsabilidad social de cara a la gestión del riesgo, los otros vigilar el ejercicio de gobierno y asumir la corresponsabilidad en la gestión de esos riesgos, no más víctimas sino ciudadanos.

Hacer realidad una modernidad reflexiva capaz de hacerse cargo de su propio proyecto pasa por la posibilidad de echar mano del pasado; por la capacidad de entender

tacionales. Sin embargo, a diez años de la mayor desgracia histórica ocurrida en Guadalajara, sigue presente el alto nivel de los riesgos químico-tecnológicos sin que se logren aún acuerdos entre los gobiernos, los industriales y la sociedad para prevenir nuevas catástrofes. También siguen presentes y en aumento los riesgos sociorganizativos, como el que llevó a que una sustancia peligrosa estuviera presente en un ducto no diseñado para transportar sustancias peligrosas, como es el drenaje.

En nuestra ciudad el drenaje, la atmósfera, el agua, el suelo y los alimentos siguen recibiendo grandes cantidades de sustancias peligrosas que en cualquier momento llegarán a límites críticos. El 22 de abril debería ser para nosotros el día de revisar con transparencia los riesgos químico-tecnológicos y sociorganizativos con los que vivimos si queremos evitar que ocurra otra catástrofe. Lo cierto es que su probabilidad está en aumento, lo mismo que nuestra vulnerabilidad.

Se sigue autorizando la construcción de viviendas en terrenos de alto riesgo y en las zonas seguras que deberían ser habitacionales se sigue permitiendo el establecimiento de actividades muy riesgosas.

La corresponsabilidad social, la planeación y el desarrollo sustentable siguen siendo en Guadalajara un asunto pendiente en la agenda pese a que México se encuentra entre los primeros lugares del mundo en pérdidas de vidas, económicas y de calidad ambiental.

Después de las explosiones de 1992 en Guadalajara aumentaron en el país las actividades de evaluación de riesgo químico-tecnológico, pero sólo hasta 1996. A partir de entonces se le presta menos atención como asunto prioritario, lo que aumenta la vulnerabilidad de las comunidades. Un ejemplo de esto es que, según información de la Secretaría de Medio Ambiente, en 1993 se realizaron 14,917 visitas de inspección a fuentes de riesgo, mientras que en 2000 disminuyeron a 7,600, en tanto que en la generación de residuos peligrosos se ha pasado de 1,500 a 27,000 generadores.

El atlas de riesgo identificó, en 1993, 295 puntos de amenaza en la ciudad, pero esta cifra ha aumentado. En Jalisco se han detectado 1,686 empresas que aportan 4,722 toneladas anuales de residuos peligrosos.

Seguimos con la esperanza de que se mantengan en sitios seguros las 20 sustancias peligrosas que se utilizan en Guadalajara y que podrían ocasionar una catástrofe inmediata, así como que los sitios donde compramos nuestra casa reúnan los criterios de seguridad elementales. Pero las esperanzas y la confianza terminan cuando vemos que de nueva cuenta la realidad nos rebasa. ■